

Relación de la coca y de su origen y principio y por qué es tan usada y apetecida de los indios naturales deste reyno del piru

MARÍA BREY Y VÍCTOR INFANTES
(INTRODUCCIÓN Y EDICIÓN)
SANTAFÉ DE BOGOTÁ,
INSTITUTO CARO Y CUERVO, 1996. II.

Este librito —63 páginas— publicado por el Instituto Caro y Cuervo nos presenta una breve relación anónima sobre los orígenes y uso de la coca en el Perú. Con base en el estudio de algunas fuentes, los editores sugieren hipótesis acerca de su autoría por algún miembro de la burocracia colonial y con residencia en el Cuzco, factores que explican que esté bien familiarizado con las Ordenanzas expedidas en el siglo XVI en relación con el cultivo, comercialización y uso de esta planta, quien la habría elaborado a comienzos del siglo XVII, durante o cerca al reinado de Felipe III.

En su introducción, Infantes y Brey enmarcan esta relación dentro del conjunto de testimonios de cronistas y funcionarios sobre la presencia y papel de la coca en el Perú prehispánico y colonial; y de paso corroboran en ellos algunas de las informaciones que aporta la "obrilla" (como la llaman).

El autor anónimo divide su texto en dos epígrafes, el que da título al escrito y otro que denomina *El modo de plantar y beneficiar la dicha coca*. Los editores, en cambio, distinguen dos partes según la estructura: una que desarrolla los temas que se anuncian en el título y otra que no está contenida por éste y que se refiere a *Lo que*

toca al trato de los que compran y venden la coca, y que conciben como una especie de "tratado económico-mercantil" sobre la manera como la hoja de coca se comercializaba por parte de los españoles. Creo infundada esta distinción, pues es claro que el autor no separa la producción y beneficio de la coca de los procesos de su circulación que están en la base de su consumo, una vez que ha sido puesta bajo control por parte de los españoles. Cuando éstos entran a ordenar sobre los procesos de producción de la hoja e, incluso, intentan decidir sobre su consumo, con fines de enriquecimiento, los distintos factores económicos se hacen inseparables.

La relación desarrolla los siguientes aspectos, algunos en forma muy sucinta: 1) origen mítico de la coca, 2) monopolio de los Incas sobre su producción, distribución y uso, 3) difusión del consumo entre el pueblo por obra de los conquistadores, 4) intentos fracasados del Virrey Toledo para prohibir su utilización en gran escala, en especial en las minas de Potosí, 5) control español sobre su producción y comercio mediante las Ordenanzas, 6) modo de plantar y beneficiar la hoja, 7) su papel en la economía colonial, en especial en la conformación de una nueva estructura del trabajo y de un mercado que condujeran a la acumulación de riquezas.

El relato de los "naturales" sobre el origen de esta planta, tal como aparece en la relación, lo refiere a la muerte de Mama Coca, la esposa más querida de un Inca cuyo nombre "no se sabe de cierto". Este ordenó construirle una huaca y efectuar permanentes sacrificios de sangre y chicha en ella, hasta que un día brotó un arbusto; el Inca tomó sus hojas y las mantenía en la boca todo el tiempo, creyendo así estar en contacto con la muerta. De sus frutos mandó sembrar una chagra, cuyas hojas cargaba en una jigra de lana para mascarlas y para darlas a aquellos que se distinguían a su servicio, a quienes podía permitir también que la sembraran. A su muerte, se le enterró en la misma huaca y sus sucesores mantuvieron durante siglos la tradición de mascar y dar la coca,

con lo cual se extendió su cultivo, pero siempre entre los afectos a los Incas, al tiempo que se mantenía prohibida al pueblo.

Bien sabemos que existen versiones que atribuyen tales acontecimientos al primer Inca, Sinchi Roca, quien se unió con Mama Coca, la hija del señor de Sañu, en el Valle del Cuzco, asentando allí su raíz, hasta entonces nómada en las montañas. También las hay que conciben a Mama Coca como una mujer "mala de su cuerpo" y la asocian con el ejercicio, a veces excesivo, de la sexualidad. Hubo otras mujeres de la familia Inca que recibieron el nombre de Mama Coca, la última de las cuales fue hermana de Huayna Capac.

Algunos investigadores, con base en documentos coloniales, cuestionan la aseveración acerca del monopolio de los Incas sobre el cultivo y comercio de la coca, mostrando que éstos continuaron dándose en muchas comunidades locales, que la producían y se autoabastecían aún bajo la dominación de los jefes cuzqueños. Al parecer, este monopolio era más una intención, una política de los Incas, que, sin embargo, nunca se convirtió en realidad. No es descartable la suposición de que el autor de la relación, precisamente por tratarse de un posible burócrata de la administración colonial, no estableciera diferencias entre políticas y leyes, por un lado, y realidad, por el otro, aunque es cierto, sí, que un gran volumen de la coca que se producía durante la dominación incaica provenía de las chagras oficiales y que su comercio se realizaba bajo el control del gobierno del Cuzco.

También se ha controvertido la idea de la exclusividad del consumo de las hojas por los Incas y sus allegados. Documentos tempranos de los españoles y otros que recogen información sobre la vida social en el período anterior a la llegada de los conquistadores, muestran que su uso estaba extendido dentro del pueblo. Aunque sí es posible que los colonizadores hubieran ampliado e intensificado su consumo, en especial en la medida en que su efecto estimulante les permitía una sobreexplotación de la fuerza de trabajo de los indios. Así ocurrió, por ejemplo, en la minería, como lo muestra el caso de las

minas de plata en el cerro de Potosí. Cuenta la relación que cuando el virrey Toledo intentó prohibir el elevado consumo de coca por parte de los mineros y ordenó su reemplazo por una mayor cantidad de alimentos, carne particularmente, fracasó, no sólo porque los indios se negaron a abandonar el mascado de la coca, sino también por la oposición de aquellos sectores de españoles que se enriquecían con sus plantaciones y su comercio, y por la caída en la productividad del trabajo de la plata; incluso, se dice que los trabajadores indios untaban coca masticada en las puntas de los barretones para darles la fuerza necesaria para desprender bloques más grandes de mineral.

La última parte de la relación, aquella que los editores suponen agregada con posterioridad, trae anotaciones de importancia acerca del papel de la coca en la conformación de las nuevas relaciones de producción que caracterizaron al régimen colonial.

En el proceso de plantación, beneficio y mercadeo se delinean diversas categorías sociales, así: propietarios de la tierra y de las grandes chagras, españoles todos ellos, pero también pequeños productores campesinos independientes; trabajadores "libres", cuyo salario se pagaba parcialmente en hoja de coca, unos dedicados a la plantación propiamente y a la recolección (*yupanacos*) y otros encargados del secado y el empaque (*camayos*), las más de las veces concertados de por vida a través de distintas variantes de endeude, hasta que el paludismo venía a liberarlos de sus cargas; trabajadores temporales, llamados al trabajo y la "borrachera" por la minga, antigua forma de trabajo comunitario, convertida ahora, por obra y gracia de la conquista, en mecanismo de explotación de sus propios creadores, muchos de los cuales sucumbían en ella como resultado de las peleas ocurridas bajo los efectos de la chicha; productores enganchados en nacientes formas de aparcería y arrendamiento; capataces (*collanas*) y mayordomos (*pallachies*), que velaban por los intereses de sus amos a cambio del beneficio de una fracción de las chagras o de poder tener las suyas propias en tierra de los patrones; transportadores que en mulas o en su espalda llevaban las cestas de coca

desde las plantaciones y beneficiaderos a los principales centros de distribución y de consumo; comerciantes especializados, algunos de ellos, los más grandes, españoles, y otros más pequeños ubicados entre la creciente capa de mestizos.

Y, campeando por encima de todo este sistema, el soborno, forma de corrupción para conseguir que los Corregidores no hicieran cumplir las Ordenanzas como les correspondía, hecho que no nos abandona desde entonces.

En lo que hoy es Colombia, narran los cronistas, el consumo de la coca por los aborígenes se extendía desde el sur hasta la península de la Guajira, pasando por la Sabana de Bogotá, entre los muiscas, bien fuera obtenida por intercambio o producida por ellos mismos.

Hoy, los relatos históricos de diferentes sociedades indígenas asocian el origen de la coca con mujeres, estuvieran ellas relacionadas con mamos (Bunkueiji —venado—, la hija de Sintana; y la mujer de Teyuna) como entre los Kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta, o fueran hijas del Señor de los Peces (Waí-Maxsë) como entre los Desana, o del Viejo Hombre Serpiente, Amo de los Peces, como entre los Makú, o fueran ancianas, como entre los Barasana; y ello pese a que su consumo está prohibido para ellas. En algunos relatos no se trata de mujeres benéficas y queridas, sino de seres peligrosos.

En la época precolombina, su uso se daba en la vida diaria y, además, se encontraba asociado con diferentes actividades, todas ellas de la mayor importancia en la vida social, en especial con los distintos trabajos: tanto aquellos necesarios para la producción material de los medios de subsistencia, para los cuales era un estimulante que daba vigor y resistencia, como aquellos de los sabios propios, ligados con el manejo del medio, de las relaciones sociales, de la enfermedad y la salud y de la adivinación.

En la actualidad, en Colombia se la utiliza todavía por parte de diferentes sociedades indígenas, en especial aquellas de la Amazonia, de las Sierras Nevadas de Santa Marta y el Cocuy y del Cauca.

En este departamento se mantiene entre paeces, ingas y guambianos, aunque éstos últimos han abandonado su consumo casi por completo, con la excepción de unos contados sabios *meropik* de los más ancianos y tradicionales.

Entre los kogi y los arhuacos, todos los hombres adultos que han pasado por su trabajo de iniciación mastican las hojas secas de coca (llamadas ayu) en forma permanente, en tanto que está estrictamente prohibida a las mujeres. Sin embargo, aunque el cultivo y preparación son actividades masculinas, la recolección está a cargo de las mujeres. Dicen que la coca produce un estado de lucidez mental y de euforia, da energías para el trabajo y quita el sueño y el hambre, algo importante a la hora de las largas reuniones y los ayunos. Gerardo Reichel-Dolmatoff agrega que su empleo continuado produce impotencia después de cierto tiempo.

De acuerdo con este autor, en la iniciación, el mamo da a mascar al joven sus primeras cuatro hojas de coca, sacándolas directamente de su propia jigra; luego que el muchacho las ha masticado, el mamo las saca de la boca y le da de nuevo, y así por cuatro veces. Al terminar, le entrega el calabacito para la cal, el poporo, con su palillo correspondiente, y le explica que el calabazo es para él el sexo de la mujer y el palillo su propio pene.

El encuentro entre hombres adultos está marcado por el intercambio de hojas de coca a modo de saludo. El menor saca una porción de hojas de su jigra de lana y la echa en la del mayor; éste devuelve su gesto. Esto ocurre de igual forma cuando alguno llega a una reunión, debiendo intercambiar con todos los presentes siguiendo un estricto orden jerárquico.

En Guambía, hasta hace poco tiempo, los hombres todavía mascaban hojas de coca en relación con el trabajo; incluso, marcaban la jornada de acuerdo con las mascadas, pues estas indicaban, al ponerse frías, los momentos del descanso o de regresar a casa. Es decir, que el mascar coca se considera como caliente y por tanto juega un papel en la relación entre frío y calor que es fundamental para la vida guam-

biana. Como las tierras de Guambía no son aptas para su cultivo, ésta se traía desde el sur del Cauca o de Inzá por comerciantes timanejos (oriundos de Timaná, en el Huila, cerca a Nátaga).

Tiempo después, sólo se conserva su uso por parte de los *mərɔpik* en sus actividades, para ofrecer jigras con coca y otros productos al *Pishimisak*, levantar la sombra, traer o detener el aguacero, curar o adivinar lo que va ocurrir; muchos solamente la llevan en sus jigras y la ofrecen, pero no la consumen. Para cargarla, existe una jigra de lana tejida por las mujeres con dibujos de triángulos azules y rojos, que ha ido cayendo en desuso junto con ella.

Entre los paeces, en especial aquellos que habitan en Tierradentro, la coca mantiene todavía su vigencia, asociada tanto a la vida cotidiana como a los trabajos de los sabios tradicionales, *thē' wala* (te eu los denominaba Segundo Bernal), constituyéndose en uno de los factores de su identidad. También allí, los hombres la cargan en jigras de lana que presentan dibujos de triángulos y rectángulos de colores vivos: verde, rojo, amarillo, azul.

Cuando trabaja, el *thē' wala* debe mascar coca casi toda la noche, lo cual lo predispone para sentir mejor, controlar e interpretar con mayor certeza las señas que se dan en su cuerpo; aquí, el uso de las hojas de coca va a la par con el del tabaco, bien sea para masticarlo junto con ellas, bien sea para fumarlo en grandes cigarrillos, y con el empleo de alcoholes (chicha, chiquito, aguardiente) y una gran variedad de plantas remedio. La coca se mastica junto con el mambe (preparado alcalino), que ayuda a controlar su acción, y, en ocasiones, se sopla al aire o sobre los enfermos y lugares; en algunos casos en que se hace necesario efectuar una limpieza, se la escupe y entierra en huecos en los cuales debe quedar el sucio ("contaminación" ligada a la menstruación, al parto o la muerte) que causa ciertas enfermedades.

En especial, hay que resaltar el empleo de las hojas de coca en la estrecha relación que los *thē' wala* sostienen con las lagunas del páramo, de

las cuales derivan muchos de sus conocimientos y poderes, y con el Trueno, que habita en aquellos lugares. Son, pues, instrumento de intercambio y comunicación con fuerzas de la naturaleza que intervienen con su accionar en la vida de los paeces. Cosa semejante ocurría entre los guambianos hasta hace algún tiempo.

En tales condiciones de difusión e importancia del empleo de la hoja de coca, resulta un tanto extraño que en regiones como el Cauca colonial no se hayan desarrollado una producción y comercialización de esta planta en escala comparable a aquella que la relación anónima nos muestra para el Perú. Quizás la menor cantidad de población de la zona, aunada al tardío sometimiento de los paeces por parte de los españoles, lo cual les permitió mantener sus canales propios para aprovisionarse de la hoja, sea una hipótesis plausible para dar cuenta de dicha situación, a la vez que para explicar que no existan o, al menos, que no se hayan encontrado entre nosotros relaciones semejantes a esta peruana que ahora se ha dado a conocer en nuestro medio.

Luis Guillermo Vasco Uribe
Profesor Titular
Universidad Nacional de Colombia

Semejantes a los dioses

Cerámica y cestería embera-chamí

LUIS GUILLERMO VASCO URIBE
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, 1987

Este libro de Luis Guillermo Vasco inaugura los estudios en profundidad sobre la llamada cultura material de los grupos indígenas en el país y podría decirse que es casi único en un tema que ha despertado muy poco interés entre los antropólogos colombianos a pesar de su riqueza. Las escasas investigaciones que se han realizado sobre cultura material en el